

la *Gaceta de la aldea*: «Los ruiseñores cantan y la golondrina llega.» Como hijo de Atenas, transmitía a sus amigos el canto de la vuelta de la golondrina.

Courier, sabio helenista, alma de fuego, libelista vigoroso, había tenido la desgracia en Florencia de manchar con tinta una hoja de Longo; luego el editor de un pasaje perdido de *Dafnis y Cloe* vino a sepultarse en los sitios que había habitado el editor de Anacréonte.

Si los árboles bajo los cuales fue muerto Courier existen todavía, ¿qué ha quedado en aquellas sombras, qué queda de nosotros en los sitios por donde pasamos? ¿Creería por ventura Pablo Luis Courier que la inmortalidad podía ceñir el cilicio y encontrarse en las lágrimas? El reformador de la Trapa se hizo más grande en Veretz; el autor del *Folleto de los Folletos* se hizo más pequeño. La vida con todo su peso descendió sobre un espíritu que se había erguido para desafiar al cielo. ¡Cosa notable! Courier, el filósofo, se despidió del mundo con las mismas palabras que Rancé, el cristiano, había perdido en los bosques: «Apartad de mis labios el cáliz; amarga es la cicuta!»

A mediados del siglo XVIII, Veretz pertenecía al duque de Aiguillon, ministro de Luis XV: este ministro de perdición, como todos los hombres de entonces, hizo imprimir en él algunos ejemplares de la *Colección de piezas escogidas*, páginas obscenas e impías de la princesa de Conti. La quinta de Veretz fue demolida durante la revolución, piscina de sangre donde se lavaron las inmundicias que habían manchado a la Francia. En Veretz y en la Trapa, Rancé dejó las dos partes de que se componía su alma: en Veretz la ligereza, la irreligión, las malas costumbres, que fueron seguidas de una destrucción completa; en la Trapa la gravedad, la santidad, la penitencia que han sobrevivido a todo.

Después de la venta de Veretz, Rancé se deshizo de sus beneficios, no reservándose más que un retiro malsano para morir en él; la Trapa. Cuando Luis XIV empuñó las riendas del Estado, la Francia se dividió; unos fueron a pelear con los extranjeros y otros se retiraron al desierto. Tres grandes soledades se vieron entonces, la Cartuja, la Trapa y Puerto Real, y la Francia respiró a cubierto detrás de sus guerreros y de sus anacoretas. El siglo XVIII ha querido borrar a Luis XIV, pero su mano se ha desgastado queriendo raspar el retrato. Napoleón ha venido a colocarse bajo la cúpula de los inválidos como para asegurar la gloria de Luis. En vano se han reunido en el Museo de Versalles, reproducidas en el lienzo, las victorias del imperio; esas pinturas no han podido borrar los recuerdos de las victorias del siglo XVII: Napoleón no ha hecho más que traer encadenados a Luis XIV, los reyes que Luis XIV había vencido. Bonaparte ha hecho su siglo; Luis fue hecho por el suyo: ¿qué vivirá más, la obra del tiempo, ó la del hombre? En la sepultura de Luis habla la voz del genio bajo todas sus formas; en la sepultura de Napoleón, no se oye más que la voz de Napoleón.

Antes de hablar de los personajes que pone en escena, la Grecia nos introduce en el teatro de sus acciones: Prometeo ahorrado habla con el Océano; los siete gefes delante de Tebas juran sobre un escudo negro; los persas lloran al aparecerse la sombra de Darío; Edipo rey se presenta en la puerta de su palacio; Edipo en Colona se para junto al bosque de las Euménides; pronto a dejar su destierro, Filoctetes exclama: «¡A Dios, dulce asilo de mi miseria!»

Los escritores de la vida de los Padres del desierto, griegos de nacimiento, han sido fieles a este antiguo uso: ellos nos muestran a Pablo, primer ermitaño, escondido bajo una palma; a Antonio, primer solitario, encerrándose en un sepulcro; a Pacomio, primer institutor de los cenobitas, sentado en una piedra en Tebas. No iremos tan lejos con Rancé, antes bien

nos quedaremos cerca de Versalles: á treinta leguas de las escaleras de mármol del palacio, que todavía no estaban manchadas de sangre, hallaremos las austeridades de la Tebaida, y el rumor de la corte nos llegará como el murmullo de las oleadas del siglo.

¿Qué era la casa de Dios cuando Rancé se retiró á ella?

La casa de Dios se llama hoy la Trapa. Trapa en la jerga del Perche, significa gradas, que verosímelmente se deriva de *Trapan*, y siendo esto así Nuestra Señora de la Trapa significará Nuestra Señora de las Gradas.

Fundó la abadía de la Trapa en 1122 Rotrou, segundo de este nombre, conde del Perche. Rotrou había hecho voto, al volver de Inglaterra, de erigir, si escapaba de un naufragio que le amenazaba, una capilla en honor de la Virgen: el conde, milagrosamente salvado, para conservar la memoria de su aventura, hizo dar al tejado de su iglesia votiva la forma de un buque volcado. Rotrou III, hijo del fundador, acabó la construcción de la capilla que se había convertido en monasterio. Rotrou III partió para la primera cruzada y trajo de Palestina reliquias que su hijo depositó en la nueva basílica, á la cual nada faltó de la historia de aquellos tiempos, pues tuvo voto, naufragio y peregrinación.

Luis VII era rey de Francia y San Bernardo primer abad de Claraval, cuando se fundó la abadía de la Trapa. Serlon IV, abad de Savigny, la reunió á la Orden del Cister en 1144: diferentes papas la protegieron, Alejandro III, Clemente III, Inocente III, Nicolás III, Bonifacio VIII, Juan XXI y Benedicto XII. San Luis había tomado bajo su protección á Nuestra Señora de la Casa de Dios de la Trapa, á fin, dice el real diploma, de que los religiosos vivan libres, quietos, exentos de todo subsidio, *sint liberi, quieti, exenti ab omnibus subsidiis*.

Este gran nombre de San Luis se mezcla á todos los orígenes de la monarquía. San Luis es el fundador de los monumentos de la Europa gótica, desde Nuestra Señora de París hasta la Santa Capilla en París.

Por un antiguo menologio, y por una recapitulación de las sepulturas, se supone que hubo diez y siete abades de la Trapa desde el primero, que lo fue el P. Albode hasta el cardenal Dubellay, primer abad comendatario, bajo el reinado de Francisco I, en 1526.

Habiéndose ido á la Cruzada en 1212 el P. Herberto, abad, con Reinaldos de Dampierre y Simon de Monfort, fue hecho prisionero por el califa de Alepo y estuvo cautivo treinta años: libertado en fin, fundó la abadía de *Clairets* en la dependencia de la Trapa. Llama la atención el epitafio del décimo sexto abad, á causa de su nombre: el P. Roberto Rancé. La *Galia Cristiana* no hace mención de ninguno de estos últimos portadores.

La abadía de la Trapa no estaba fortificada como algunos otros monasterios, cuyos abades, como Abbon de París, esgrimían valerosamente la espada: así es que durante los dos siglos que talaron la Francia los ingleses, la Trapa fue saqueada varias veces, señaladamente en el año 1410.

Segun los Pouillés, la abadía poseía las *Tierras rojas*, los *bosques de Grimondard*, el *camino de la Encina de Berouth*, los *Brezos* (Bruyeres), los *Nueve Estanques* y los arroyos que salen de ellos. ¿Por dónde pasaba el camino de la Encina de Berouth? ¿De dónde provenía la inmortalidad de aquella encina que no pasaba de los límites de su sombra? Los Brezos que se extienden hacia ese horizonte; son por ventura los mismos que se mencionan en los Pouillés? Ahora acabo de atravesarlos; como hijo de la Bretaña me gustan los arenales: su flor de esterilidad es la única que no se ha marchitado en mi ojal. Allí se alzaba tal vez la torre de la castellana, que consumió sus días en las lágrimas, aguardando á su marido que no volvió de

la guerra santa con el abad Herbert. ¿Quién nacia, quién se moría, quién lloraba aquí? ¡Silencio! en lo alto del cielo los pájaros vuelan hacia otros climas. La vista busca en los restos del bosque del Perche las campanillas derribadas; solamente quedan algunos cimbanillos de paja: aunque los *sings* anuncian todavía la oración de la tarde, ya no se oye resonar entre la niebla aquella campana llamada en Aubrac, la campana de los *Perdidos* que llama á los errantes, *errantes revoca*. ¡Oh costumbres antiguas! nunca mas renacereis, y si renaciérais, ¿volveríais á hallar el encanto que debeis al polvo que os cubre?

Existen unos apuntes conocidos en la Orden de los Benedictinos con el nombre de *Tarjetas*, es decir, asientos de visita ó inspección: el del año 1683 está firmado por Fr. Domingo, abad del Vall-Richer, y describe el estado de la Trapa antes de la reforma de Rancé. Las puertas estaban abiertas día y noche, y lo mismo los hombres que las mujeres entraban libremente en el claustro: el zaguán estaba tan oscuro que mucho mas parecía el de una cárcel que el de una Casa de Dios. Los pisos superiores estaban situados de modo que era peligroso subir á ellos; al entrar en el claustro se veía un tejado, cóncavo ya; que á la menor lluvia se llenaba de agua; las columnas en que estrivaba estaban encorvadas, los locutorios servían de cuadras.

El refectorio no tenía de tal mas que el nombre. Los frailes y los seglares se reunían en él para jugar á los trucos cuando el calor y el mal tiempo no les permitían hacerlo al aire libre.

El dormitorio estaba abandonado, y era digno asilo de los pájaros nocturnos, pues estaba igualmente expuesto al granizo, á la lluvia, á la nieve y al viento: cada hermano dormía donde le acomodaba y como podía.

No estaba la iglesia en mejor estado: baldosas rotas, piedras dispersadas; las paredes amenazando ruina!... El campanario estaba á pique de venirse abajo, tanto que no se podían tocar las campanas sin que todo él se bambolease.

El terreno que rodeaba la Trapa era muy pantanoso, y el aire solo soportable para los que desearan la muerte: todo aquel valle estaba cubierto de densos vapores. «Difícil es, escribe Rancé á madama de Guise, que sane de mis incomodidades á la edad que tengo y con el aire que respiramos; solo á la situación del país debo achacarlas. Dios, que ha tenido á bien ponernos en él, sabía los males que debía ocasionarnos: ¿qué importa el lugar donde se vive si es preciso morir!»

El P. Le Nain cuenta que «los espíritus impuros tenían su residencia en el monasterio, y se nutrían de los excesos que se cometían en él. Allí habitaban á bandadas por no haber nadie que los ahuyentase.»

El P. Felibien da nueva vida á estas descripciones, manifestando en ellas el renacimiento del culto cristiano.

«Lo primero que se ve al entrar son estas palabras de Jeremías, escritas sobre la puerta de claustro: *Sedebit solitarius et tacebit*»

«La iglesia no tiene nada considerable mas que la santidad del lugar: está construida al estilo gótico y muy particular, y no deja de tener algo de augusto y de divino: el remate del lado del coro representa al parecer la popa de un navío.»

«Lo verdaderamente digno de consideración es cómo celebran el oficio estos religiosos, pues se los ve cantar las alabanzas del Señor con voz firme y tono grave. Nada conmueve mas el corazón ni eleva mas el espíritu que oírlos en maitines. Como su iglesia no está iluminada mas que por una sola lámpara suspendida delante del altar mayor, la oscuridad unida al silencio de la noche es causa de que el alma se deje poseer de aquella sagrada unción derramada en

«todos los salmos. Ya esten sentados, ya de pie, ora se varrodillen, ora se prosternen, siempre lo hacen con una humildad tan profunda que bien se ve que la sumisión de su espíritu es todavía mayor que la de su cuerpo.»

Al introducir el abad de Rancé la reforma en su abadía, los mismos frailes puede decirse que no eran mas que ruinas de religiosos: reducido al número de siete, este resto de cenobitas estaba desnaturalizado por la abundancia ó por la desgracia. Mucho tiempo hacía que los frailes se habían hecho dignos de severos cargos. Ya en el siglo oncenno declara Adalberon, «que un fraile se ha transformado en soldado.» En Normandía un superior, por haber reprendido á sus frailes, fue azotado por ellos después de su muerte. Abelardo, que intentó en Bretaña usar de severidad, se vió expuesto al veneno: «Vivo, decía, en un país bárbaro, cuya lengua me es desconocida; mis paseos son las orillas de un mar agitado, y mis frailes no son conocidos mas que por sus desórdenes.» Todo ha cambiado en Bretaña, á manera de las olas que cambian siempre.

Iguales peligros corrió Rancé: apenas habló de reforma, hablaron los frailes de acuchillarlo, de envenenarlo ó de tirarlo á los estanques. Un caballero de las cercanías, antiguo y valeroso soldado, M. de Saint-Louis, acudió en su auxilio; pero Rancé rehusó su generosa ayuda diciendo que los apóstoles habían establecido el Evangelio á despecho de las potencias de la tierra, y que en último resultado no hay felicidad mayor que la de morir por la justicia.

El abad amenazó á sus religiosos con informar al rey de sus desórdenes. Este nombre del rey había penetrado hasta el fondo de los mas oscuros retiros. Hasta entonces no habíamos conocido mas que el despotismo irregular de los reyes que contrastaban las públicas libertades, obras de los Estados generales, y ejecutadas por los parlamentos; pero aun no había obedecido la Francia á aquel gran despotismo que imponía el orden sin dejar discutir sus principios. Bajo el reinado de Luis XIV, la libertad no fue mas que el despotismo de las leyes, sobre las cuales se alzaba como regulador la inviolable arbitrariedad. Esta libertad esclava tenía algunas ventajas: lo que se perdía en franquicias en lo interior, se ganaba fuera en dominios: el francés estaba sujeto; pero la Francia era libre.

Los frailes dieron de mala gana su consentimiento para la reforma. Hizose un contrato en virtud del cual se concedieron 400 libras de pensión á cada uno de los siete religiosos, con facultad de quedarse en la abadía ó de retirarse á otra parte; este contrato se aprobó en el parlamento de París, el 6 de febrero de 1663.

Rancé continuaba siempre perplejo acerca de sí mismo. Dos hermanos de la Estrecha Observancia, llamados de Perseigne, llegaron y tomaron posesión de la Trapa.

Un accidente que ocurrió el 1.º de noviembre de 1662 contribuyó á fijar la resolución de Rancé. Su cuarto, en el monasterio que había acabado de reparar, se vino abajo y estuvo á pique de matarle. «Esta es la vida» exclamó. En seguida se retiró á un rincón de la iglesia, donde oyó cantar el salmo *Qui confidunt in Domino*, y se dijo á sí mismo herido de una súbita luz: «¿Por qué he de temer abrazar la profesión monástica?» Así se desvanecieron las dificultades de su espíritu.

Salió para París á fin de pedir al rey licencia para poner en regla la abadía de la Trapa. Algunos santos hombres quisieron disuadirle de su resolución; pero él dijo al abad de Prieres, vicario general de la Estrecha Observancia: «No veo otra puerta á que poder llamar para volver á Dios mas que la del claustro; no tengo mas recurso después de tantos desórdenes que el de ceñirme un saco y un cilicio, y meditar sobre mi vida en la amargura de mi corazón.»

El abad le respondió: «Yo no sé si comprendéis bien lo que pedis, *necis quid petis*. Sois sacerdote, doctor de la Sorbona y además hombre de calidad; criado en la delicadeza y en el lujo, estais acostumbrado á vivir grandemente y á comer bien; podeis de un momento á otro llegar á ser obispo; vuestro temperamento es sumamente débil, y pedis ser fraile, que es el estado mas abyecto de la Iglesia, el mas penitente, el mas escondido y aun el mas despreciado. Tendreis en lo sucesivo que vivir en las lágrimas, en los trabajos, en el retiro, y que estudiar solo á Jesús crucificado. Pensadlo seriamente.» Entonces respondió el abad de Rancé: «Es verdad, soy sacerdote, pero he vivido hasta aquí de un modo indigno de mi carácter; soy doctor, pero no sé el alfabeto del cristianismo: hago algun papel en el mundo, pero he sido como aquellos postes que enseñan los caminos á los viajeros, y que nunca se mueven.» El abad de Prieres se sintió vencido.

En algunas cartas que ha tenido la bondad de comunicarme Mr. Cousin, Rancé hace la historia de los combates que tuvo que sostener en aquella época. Las cuatro primeras alcanzan desde el año 1661 al 1664, y estan dirigidas al obispo de Aleth.

«No puedo comprender, dice, cómo he tenido valor para abrazar una profesion que no admite mas que almas llenas de desprendimiento, y como, estando mis pasiones tan vivas, me atrevo á entrar en un estado que es verdadera muerte. Ruegos, señor ilustrísimo, que pidais á Dios mi conversion en una circunstancia que debe decidir de mi eternidad, y que despues de haber violado tantas veces los votos de mi bautismo, me conceda la gracia de cumplir los que le voy á hacer, y que son como una renovacion de aquellos, con tanta fidelidad que repare en algun modo los extravíos de mi vida pasada.»

Rancé escribia á sus amigos el 13 de abril de 1663: «Estoy persuadido de que os sorprenderé cuando sepa la resolucion que he formado de dar el resto de mi vida á la penitencia. Si no me retuviese el peso de mis pecados, muchos siglos de la vida que quiero abrazar no podrian compensar un momento de la que he pasado en el mundo.»

El abad de Prieres se empleó principalmente cerca de la reina madre, para obtener del rey que Rancé pudiese dirigir conforme á regla su abadía. Concediólo Luis XIV, pero con condicion de que, muerto ese abad regular, la Trapa volveria á ser encomienda. El 20 de mayo de 1663 se despachó la real cédula, que se envió á Roma para que la confirmase Su Santidad. Noticioso el obispo de Comminges de que Rancé estaba en Perseigne para empezar su noviciado, fué á verle y le dijo que temia que en su ardor fuese tan lejos que nadie pudiese seguirle. El abad replicó que se moderaria y engañó al obispo:— conversacion entre dos soldados; el uno ha aprendido á medir el peligro, el otro nunca lo ha calculado.

En 1662, Rancé fué á visitar la Trapa y á echar una ojeada sobre la eterna soledad que iba á habitar. Vió los estanques que se retiran y se elevan subiendo el antiguo bosque del Perche y de los cuales faltan ya muchos: vió aquellas grandes hojas solitarias que flotaban sobre las aguas como un pavimento y por entre las cuales hacian oír las aves acuáticas algunos gritos, y titubeó entre aquel profundo retiro y su priorato de Bolonia, que le agradaba, porque estaba situado en unos bosques bastante cercanos al mar; pero al cabo se decidió por la Trapa, á causa de cierta secreta afinidad entre las soledades de la religion y las soledades de su tiempo pasado.

En aquellos dias Rancé escribia al obispo de Aleth: «Como las cosas que dejo y mi separacion de los cuidados exteriores son las menores ligaduras de mi vida; como no puedo deshacerme de mí mismo, pues donde quiera me hallo tan miserable como siem-

pre lo he sido, os suplico que pidais á Dios mi conversion.»

El obispo de Aleth, como ya hemos visto, no era un guia seguro. En la confusion de las doctrinas de la época, el amigo en cuyo brazo se apoyaba uno, tomaba al primer recodo otro camino y le dejaba á uno plantado.

Conociendo Rancé que estaba rodeado de compañeros tibios, tomó una firme resolucion: salió de las filas, rompió la línea; desertó de un ejército que no le seguia y se fué derecho de París á Perseigne á aprender la nueva profesion que se habia propuesto abrazar. El abad de Perseigne lo recibió con alegría, pero temblando. Al cabo de cinco meses de noviciado se declaró en Rancé una enfermedad de que habla en sus cartas; enfermedad tanto mas peligrosa cuanto por mucho tiempo habia estado disimulada. Los médicos le desahucaron sino abandonaba la vida monástica: el abad se obstinó, se hizo llevar á la Trapa y sanó. De vuelta á Perseigne escribió al obispo de Aleth: «Ya está á punto de terminar el tiempo de mis pruebas, y sin embargo mi corazon sigue lleno de miserias.»

Entonces dijo un adios general al mundo. De una nueva carrera se lanzó en seguimiento del Hijo de Dios, y no se paró hasta el pié de la cruz.

Durante su noviciado lo emplearon útilmente para su Orden. La reforma se habia establecido en el monasterio de Champaña: los frailes resistian, y la nobleza apoyaba á los frailes. Este momento de peligro interrumpió el noviciado de Rancé, que tuvo que acudir al socorro de la Estrecha Observancia. Veinte y cinco caballeros conducidos por el marqués de Vassé, bajo pretexto de una partida de caza, se presentaron en una abadía con ánimo de expulsar al partido de los reformados, cuando llegó Rancé y preguntándoles qué querian, Vassé, que le reconoció al instante y que le debia antiguos favores, se llegó á él, le abrazó, y consintió en dejar en paz á los religiosos.

Cuando volvió á Perseigne, el prior habló de enviarle á Turena, pues aun duraba su noviciado; pero el postulante se rehusó á ello, diciendo que aquel viaje le exponia á peligros.

Dos veces emplea esta palabra el historiador sin comprenderla; la explicacion es que la quinta de Veretz, aunque vendida, estaba en el camino; los peligros que amenazaban á Rancé eran sus recuerdos. Admirado de la resistencia, el prior escribió al abad de Prieres que el nuevo fraile le parecia un hombre muy apegado á su opinion. El abad de Prieres quiso hablar á Rancé, pero este le ganó por la mano yendo á verle á cuatro leguas de París: el grande conspirador de la soledad le encantó, porque el abad Le Bouthillier tenia delicadezas difíciles de distinguir de la verdadera humildad: un relámpago de la vida pasada del hombre del mundo penetraba en las asperezas de la Fe.

Antes de pronunciar sus votos en Perseigne, Rancé volvió á la Trapa, donde leyó su testamento, por el cual daba á su monasterio todo lo que le quedaba. En él se acusa de haber sido, por su incuria, causa de un gran número de malversaciones; declara que habla sin exageracion, sin exceso; protesta que su confesion es tan sincera cual si estuviese ante el tribunal de Jesucristo y abandona á sus hermanos todos sus muebles y particularmente sus libros. «Si por sucesos que no puedo prever, dice, acabase la reforma en la Trapa, doy mi biblioteca al hospital de París para que se venda en beneficio de los pobres y de los enfermos.»

Parece que Rancé tenia un presentimiento de las desgracias que siglo y medio despues cayeron sobre su abadía. Dejó su biblioteca á sus religiosos, y él que no queria que ningun fraile se ocupase en estudios!

Aquí se ve por última vez á madama de Montbazon,

astro de la tarde, hermoso y funesto, que va á desaparecer para siempre bajo el horizonte. Segun dice fray Gervaise, Rancé tenia muchas cartas y dos retratos de aquella mujer: el uno la representaba cual estaba el día de su boda, y el otro como estaba en el momento en que quedó viuda: estos secretos de amor estaban confiados á la custodia de la religion; la madre Luisa tenia para vigilar aquellos depósitos la debilidad y la fuerza necesarias, la indulgencia de una mujer que ha pecado y el valor de una mujer que se arrepiente. La mañana misma de sus votos, Rancé escribió á Tours mandando quemar las cartas y enviar los retratos á M. de Soubise, hijo de madama de Montbazon. Romper con las cosas reales es nada, pero con los recuerdos! El corazon se parte al separarse de los sueños, tan poca realidad hay en el hombre.

Otra carta escrita á la madre Luisa el 14 de junio de 1664, dice estas palabras: «Espero con humilde paciencia el feliz instante que debe inmolarme para siempre á la justicia de Dios: empleo todos mis momentos en prepararme á esta grande accion. Nada temo ya sino que el olor de mi sacrificio no sea ingrato á Dios; porque no basta darse, pues bien sabeis que no bajó el fuego del cielo sobre el sacrificio de aquel desgraciado que ofrecia á Dios victimas que no le eran gratas.»

Nunca se ha parado la atencion en esta queja, que sale del corazon de Rancé como de aquellas cavidades armoniosas de las montañas que repiten el mismo sonido; esta queja no indica su objeto, antes se confunde con las acusaciones que el doliente dirige á la vida. Resuelto á sepultarse en la Trapa, Rancé hizo un viaje á su priorato de Bolonia porque estaba en medio de los bosques y porque desde él se descubria el mar, última imágen del mundo; luego se dirigió á la Trapa para sepultarse en medio de aquellos jardines solitarios, como antiguamente los soberanos de Babilonia.

Llegaron al fin los despachos de la corte de Roma para reguilarizar la abadía de la Trapa. Rancé hubiera querido regenerarse con Fr. Bernier, antiguo religioso de la Trapa, hombre de mala vida hasta entonces y movido al fin por la gracia; pero Fr. Bernier no estuvo pronto hasta cuatro meses despues. El 26 de junio de 1664 hizo profesion Rancé en manos de Fr. Miguel de Guiton, comisario del abad de Prieres, vicario general, con otros dos novicios, uno de los cuales, llamado Antonio, habia sido criado de Rancé: de servidor que era, Antonio llegó á ser el igual de su amo en los allanamientos del cielo. Cuatro dias despues, Pedro Felibien tomó, en nombre del abad de Rancé, posesion de la abadía de la Trapa, en calidad de abad regular. Rancé recibió la bendicion abacial de manos del obispo irlandés de Arda, asistido por el abad de San Martín de Seez. Al dia siguiente pasó el abad de la Trapa á su monasterio, y sin embargo escribia á uno de sus amigos: «Mi disposicion no es mas que una pura resignacion á la Providencia. Rogad á Dios por mí.»

Esta primera residencia de Rancé en la Trapa, no fue larga. Por todas partes hacia restaurar la abadía, pero mientras daba nuevos reglamentos para el coro y la oracion, y mientras aceleraban sus trabajos los carpinteros y los albañiles, fue llamado á París á la asamblea general de las comunidades regularizadas. Aquel jóven, antes tan dependiente de la opinion del mundo, acudió al sitio de la reunion en una carreta como un mendigo, afectacion de que no pudo eximir su vida. La asamblea lo nombró para ir á Roma á abogar por la causa de la reforma. Antes de su partida, se abocó con el cardenal de Retz, que se habia adelantado hasta Commercy; luego Rancé volvió por algunos dias á la Trapa, donde se ocupaba como el mas humilde de los hermanos, diciendo: «¿Somos menos pecadores que los primeros religiosos del Cister? ¿Tenemos menos necesidad de penitencia?» Hacianle presente, que

siendo mas débiles, no podian ya los hermanos practicar las mismas austeridades: «Decid, respondia, que tenemos menos celo.» Por unánime consentimiento, los religiosos se privaron del uso del vino y del pescado; y de allí á poco del de la carne y los huevos. Introdújose entre ellos un modo decoroso de hablar y de tratarse recíprocamente, respetando en sí mismos al hombre rescatado, si despreciaban al hombre caído.

En la distribucion del trabajo, le tocó á Rancé una porcion de un terreno inculto: al primer golpe de la azada, encontró un objeto duro; era un monton de antiguas monedas de oro de Inglaterra; sesenta habia del valor cada una de siete francos: rara disposicion de la Providencia para ayudar á Rancé á hacer su viaje. Convocado que hubo á sus frailes, se despidió de ellos. «Apenas tengo tiempo, les dijo, para recordaros estas palabras de San Bernardo: *Hijo mio, si supieras cuáles son las obligaciones de un fraile, no comerias un bocado de pan sin regarlo con tus lágrimas.*» Luego añadió: «Ruego á Dios que tenga compasion de vosotros como de mí, y que si nos separa en el tiempo, nos reuna en la eternidad.»

Los religiosos se prosternaron para pedir á Dios la conservacion de su abad.

El nuevo Tobías partió para Ninive, no para casarse con la hija de Raquel, porque la hija de Raquel ya no existia. El viajero que acompañaba á Rancé no era Rafael, sino el espíritu de la penitencia; este espíritu no se ponía en camino para reclamar dinero, sino miseria. Al que va errante por el campo de las santas é imperecederas Escrituras donde faltan la medida y el tiempo, solo le llama la atencion el ruido de la caída de algo que se precipita en la eternidad.

El grande expiador encontró en Chalons-Sur-Saône al abad del Vall Richer, designado para ser su compañero de viaje. En Lyon besó la urna que encerraba el corazon de San Francisco de Sales: cruzó los Alpes, y llegó á Turin, donde no vió el Santo Sudario. En Milan llamó su atencion el sepulcro de San Carlos Borromeo; Felices los muertos cuando son santos! en el cielo encuentran su mañana. Santa Catalina en Bolonia atrajo la veneracion de Rancé; estas eran las antigüedades que él buscaba, pues hacia consistir su arrepentimiento en no ver nada: sus ojos estaban cerrados á aquellas ruinas de las que el abate de La Mennais nos hace una pintura admirable: «Soberbios palacios dice, se degradan de año en año, ostentando todavía por sus ventanas abiertas á la lluvia y á todos vientos, los vestigios de un fausto de que no hay memoria en nuestras mezquinas construcciones modernas, de un lujo grandioso y delicado, cuyas maravillas realizaron á porfia las diversas artes. La naturaleza, que nunca envejece, se apodera poco á poco de aquellas suntuosas villas, obras altaneras del hombre y frágiles como él. Nosotros hemos visto á las palomas hacer su nido en las cornisas de una sala pintada por Rafael, al silvestre cabra-higo meter sus raíces en los rotos mármoles, y al líquen cubrirlos con sus anchas chapas verdes y blancas.»

En Florencia, el peregrino no preguntó por Dante ni por Miguel Angel. Rancé recibió honores de la duquesa de Toscana. En fin, entró en la ciudad de los santos apóstoles. ¡Oh Roma! ¡aun vuelves á aparecer! ¿Será esta tu última aparicion? ¿Ay de la edad para la cual la naturaleza ha perdido sus felicidades! Países encantados donde nada le espera á uno, son áridos: ¿qué amables sombras verá en el porvenir? ¡Ninguna! Solo las nubes que pasan sobre una cabeza cana.

Rancé llegó el 16 de noviembre de 1664, seis semanas despues que el abad del Cister, que acudia para oponerse á la Estrecha Observancia, y el 2 de diciembre del mismo año fue llamado á la audiencia del papa en Monte-Cavallo. El papa le acogió con estas palabras:

*Adventus vester non solum gratus est nobis, sed expectavimus eum.*

«No solo nos es agradable vuestra venida, mas la esperábamos.»

Su Santidad recibió con respeto cartas de la Reina Madre, de Mademoiselle, del príncipe de Conty y de madama de Longueville, cuyas firmas contrastaban con las virtudes actuales de Rancé: en Roma no se tomaban en cuenta las costumbres, sino las clases. En su arenga latina, Rancé dijo al papa Alejandro VII: «Santísimo Padre, dejando los monasterios adonde nos han obligado á retirarnos nuestros pecados, venimos á escuchar á vuestra Santidad como al oráculo por el cual se digna el Señor hacernos conocer su voluntad.»

No tranquilizó bastante esta sumision al papa para que no se creyese Rancé obligado á explicarse: «Los padres de la Trapa, dijo, no habian pensado en sustraerse á la jurisdiccion eclesiástica para ir á someterse á la de los tribunales seculares;» punto delicado, por el cual supo Rancé determinar luego en su favor las decisiones de Luis XIV. Resolvióse que Su Santidad cometeria el exámen de la Estrecha Observancia al juicio de una congregacion de cardenales. Rancé se retiró satisfecho, y escribió estas palabras, cayendo en la ilusion que se experimenta en el Vaticano: «Dos horas y media pasé al lado de Su Santidad, que estuvo bondadosísimo conmigo.»

Rancé fué á ver al padre Bona, que luego que llegó á ser cardenal, le conservó su amistad. Nombró el papa comisarios para examinar el caso. El furor de ser pobre y de desaparecer de la sociedad, parecia en Roma una locura declarada. Rancé recibió aviso de que no obtendría lo que deseaba, y que el comer ó no comer carne, era cosa indiferente para la gloria de Dios. A principios del año de 1665, supo Rancé que las decisiones de los cardenales no le serian favorables, y que algunas cartas llegadas de Francia le perjudicaban: presentóse en el Vaticano donde se bendijo á la ciudad y al mundo, y en donde él no fue bendecido.

El negocio porque habia ido Rancé á Roma, no obtenía favor; vivir como un mendigo desagradaba á la púrpura romana. Por otra parte, las órdenes monásticas de la Comun Observancia rehusaban enmendarse; se trataba á los reformadores de hombres singulares, propensos al cisma; la Regia Estrecha no haló entre las grandes congregaciones de Roma mas eco que la voz de unos frailes desconocidos de un valle del Perche. En vano protegió á Rancé Ana de Austria; la perspicacia italiana veia que la madre de Luis XIV, declinaba hácia la sepultura, y en Roma la sepultura aunque sea soberana, no tiene ningun crédito. Entonces Rancé, viendo su causa perdida, se puso en camino para la Trapa. Apenas salió de Roma, su empresa se calificó de *furia francesa*.

Noticioso el abad de Prieres de la llegada de Rancé, le escribió el 24 de febrero de 1665 que volviese á Italia, y Rancé, aunque persuadido de la inutilidad de este segundo viaje, obedeció. Un desconocido quiso hacerle aceptar una bolsa en que habia cuarenta luisés; pero él no quiso tomar mas que catorce.

El Apenino volvió á ver en sus cumbres á aquel viajero que no escribía ni llevaba diario de sus acciones. Luego llegó al Vaticano y recorrió inútilmente la escalera principal desierta, hollada por tantas pisadas borradas, y de donde tantas veces habian bajado los destinos del mundo. Dirigió una súplica á los cardenales, entre los cuales hubo uno que se enfureció; las reclamaciones de la indigencia le indignaban. El abad de Rancé respondió: «No es la pasion la que me hace hablar, sino la justicia.»

«Aquel grande hombre, dice Pedro Lenain, trataba los asuntos como los tratan los ángeles con la

paz de su corazon y una perfecta sumision á las órdenes del cielo.»

Cuando Rancé fué á Roma en 1664, y cuando volvió en abril de 1665, Alejandro VII, Fabio Chigi, ocupaba la tiara. En este segundo viaje, el cardenal de Retz, coadjutor, recibió bien á su amigo el convertido, y le obió á aceptar hospedaje en su casa; pero Rancé no sacó ningun fruto de su ayuda, salvo algunas audiencias inútiles que le hizo obtener del papa.

La grandeza de las campiñas romanas no hizo impresion en el alma de Rancé, pues aun no habian nacido estas especies de ideas: sin embargo, San Francisco habia cantado la hermosura de la creacion, nacida de la bondad de Dios. Muchas imágenes dignas de la melancolía habia en aquel suelo poblado de grandes memorias; Rancé hubiera podido caminar con los últimos pasos del día por la cima del Soracta; desde lo alto del monte Mario, hubiera visto las playas de Civita-Vecchia; en Ostia hubiera hallado la arena deleznable. Lord Byron designó su sepultura en las riberas del Adriático. Pero nada agradaba á Rancé, cuyo corazon estaba mas triste que su pensamiento.

Sin embargo, si no se hubiera embebido demasiado en la dolorosa meditacion de sus culpas, en Roma misma hubiera hallado con qué contentar su fervor. Donde quiera se le presentaban á la vista oratorios en terrenos abandonados y ruinosos, sembrados de flores en aquellos asilos de que ha hecho la siguiente pintura el P. Lacordaire:

«Al son de una campana se abrian con una especie de dulzura y de respeto todas las puertas del claustro: ancianos encanecidos y serenos, hombres de una precoz madurez, manebos en quienes la penitencia y la juventud dejaban un matiz de hermosura desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida aparecian juntos bajo una misma vestidura. La celda de los cenobitas era pobre, bastante capaz para contener un jergon, una mesa y dos sillas; un crucifijo y algunas piadosas imágenes formaban todo su ornato. Desde esta tumba, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la sepultura que precede á la inmortalidad, y ni aun allí se separaba de sus hermanos vivos y muertos. Tendianlo vestido con sus hábitos bajo el pavimento del coro, y su polvo se mezclaba al polvo de sus abuelos, mientras que las alabanzas del Señor cantadas por sus contemporáneos y sus descendientes del claustro, hacian palpitar todavía lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡Oh amables y santas casas! Augustos palacios se han construido sobre la tierra; sublimes sepulturas se han erigido; moradas casi divinas se han consagrado á Dios, pero jamás el arte y el corazon del hombre han ido mas allá que en la creacion del monasterio.»

Disgustado así en sus negociaciones como en sus sentimientos, Rancé se encerró en su vida. Asistió á un criado que estuvo á la muerte: inflexible para sí mismo, doblegaba su vida para los otros. No bebía mas que agua, no comía mas que pan; su gasto diario no pasaba de seis óbolos, precio de un par de palomas; pero se abstenia de esas dulces aves que cuestan tan baratas. No pudiendo abogar por Dios cerca de los hombres, procuraba abogar por los hombres cerca de Dios. «No queria ver, dice Maupeou, ni los antiguos monasterios, ni los antiguos monumentos de la magnificencia romana, circos, teatros, arcos triunfales, trofeos, pórticos, columnas, pirámides, estátuas y palacios, imitando en esto al célebre Amonio que, acompañando á Atanasio por Roma, no quiso ver en ella mas que el famoso templo dedicado á los apóstoles S. Pedro y S. Pablo. Rancé frecuentaba las iglesias, y pasaba horas rezando en aquellos habitáculos olvidados sobre tantas colinas célebres.»

La penitencia salida de Roma andaba errante por las cercanías; pobre *piferario* de los Abruzzos, hacia oír el son de su zampoña delante de una imagen de Maria. A veces Rancé se internaba solo por el laberinto de las sepulturas, basamento de la ciudad viva. Acaso no hay nada mas considerable en la historia de los cristianos que Rancé orando á luz de las estrellas, apoyado en los acueductos de los Césares, á la puerta de las Catacumbas: el agua se derrumbaba con estruendo por cima de las murallas de la ciudad eterna mientras que la muerte entraba silenciosamente debajo por la tumba.

Bien habria querido Rancé pasar las fiestas de Navidad en un convento de su Orden; pero desistió de esa idea cuando supo por un fraile viejo que no se leia durante la comida ninguna obra piadosa, y que se jugaba á los naipes despues de cenar. Confinado en su casa, escribia: «Aquí paso mi vida en un desaliento y en una miseria que no acierto á expresaros. Roma me es tan insoportable como me lo era en otro tiempo la corte. Nada os diré de las curiosidades de Roma, porque no la veo ni me siento con ningun deseo de verla. Mi único consuelo, es el que encuentro en las sepulturas de los principes, de los apóstoles y de los santos mártires, á donde me retiro mas frecuentemente que puedo.»

Viendo en fin frustrados todos sus afanes, pensó Rancé en volverse, llevando consigo algunas reliquias que le habia dado el obispo de Porfira, sacrista de Alejandro VII. San Bernardo se volvió jóven todavía á su convento con un diente de San Cesáreo. Antes de dejar á Roma, Rancé obtuvo del papa licencia para retirarse á la Gran Cartuja: esta licencia existe todavía, y es como el breve de un sueño. Rancé no ejecutó todo el bien que habia soñado; en compensacion de las buenas intenciones perdidas, se ven en los *Olim* intenciones de culpas que nunca cometió. El espíritu del reformador andaba errante por donde quiera que no habia hombres; no se paraba mas que á la orilla de un prado, ó junto á la hoguera de un pastor.

Luego que bajó de Italia, Rancé visitó en el valle de Absinto, el polvo del gran abad de Claraval, si es que se encierra allí aquel polvo. Allí quiso quedarse, pero no se lo consintieron. El abad de Prieres habia puesto á Rancé bajo la direccion del abad del Vall-Richer, á quien llamaban en el siglo, Domingo Jorje: los héroes de Homero tenian nombres vulgares para los pueblos.

No se vió, pues, á Rancé suspendido en los abismos de San Bruno, ó uuido á la tumba de San Bernardo; esto hubiera sido mas brillante para el poeta, menos grande para el santo. Dios, que tenia sus designios, llamó á Rancé á la Trapa á fin de establecer en ella la Esparta cristiana.

Rancé obtuvo del santo padre una audiencia de despedida. Provisto de una bendiccion, partió en el mes de abril, acompañado de la sentencian del pontífice, que condenaba la Estrecha Observancia. Lo mismo ha sucedido en nuestros dias al autor de la *Indiferencia en materia de Religion*; halagado á su salida del Vaticano, partió seguido del rescripto que lo expulsaba del gremio de la Iglesia. Pero el abate de La Mennais, rechazado por la reforma, ha perseverado en creer, que al fin se efectuará: está persuadido de que saldrá una voz, no se sabe de dónde; el Espíritu de santidad, de amor, de verdad, llenará de nuevo la tierra degenerada.

Esto piensa el inmortal compatriota, cuya separacion en la última ribera lloraria yo con amargas lágrimas. Rancé, que se apoyaba en Dios, consumó su obra; el abate de La Mennais se ha inclinado sobre el hombre: ¿saldrá triunfante? El hombre es frágil, y el genio abruma: la caña, al quebrantarse, puede horadar la mano que la tomó para apoyo.

Aquí comienza la nueva vida de Rancé; aquí rompe con su juventud, la ahuyenta y no la vuelve á ver. Hemos considerado á Rancé en sus extravíos, vamos á verlo ahora en sus austeridades: la penitencia era su retaguardia; poníase á su cabeza, daba frente, y embestia con ella al mundo. Parecia en su exterior, dicen los historiadores, una magestad que no puede proceder mas que del Dios de Magestad. Aquellos á quienes su conciencia remordia de alguna cosa, no se atrevian á ir á verle, persuadidos de que conocia divinamente lo que ellos mas ocultaban. «¡Quién me dará, exclamaba, las alas de la paloma para huir de la compañía de los hombres!» En mis tiempos de poesía, yo tambien puse estas palabras de la Escritura en un canto de mujer (1). El himno de Rancé termina con estas palabras. «Las criaturas me siguen á todas partes; me importunan, y por mis ojos entran en mi espíritu y llevan á él consigo la inquietud. Cerremos los ojos, oh alma mía, y apartémonos tanto de todas esas cosas, que no podamos verlas ni servirnos de ellas.»

Despues de estas exaltaciones, se sorprendia al fraile con los ojos levantados al cielo: entonces era inmenso; se engrandecia con toda la gloria eterna. Hay cuadros que representan á San Francisco en las orillas del mar en frente de una multitud de angelitos reunidos en las peladas ramas de unos árboles.

El 20 de mayo de 1666 vió de nuevo á Rancé en los oscuros caminos del Perche. No eran aquellos los restos de la Via Apia, ni de la Via Claudia: Rancé no traía ningun recuerdo de Roma, donde se han formado tantas pasiones, de donde no han querido volver tantos hombres. Los Troyanos se quedaron en Alba con sus dioses. Ni si quiera habia cogido Rancé para mirirlas á las flores de la primavera que empezaba á renacer en la Trapa, aquellas tuberosas murales que crecen en el desmoronado cerco de Roma, donde los vientos mantienen en continua oscilacion sus movibles cálices.

Habíanse suscitado disensiones entre el prior y el subprior; el primero habia llenado las celdas de muebles inútiles, habia disminuido el trabajo manual, se habian alterado las prácticas piadosas; el vino y el pescado aparecian de nuevo en las mesas. Rancé, noticioso en Roma de estas infracciones, se apresuró á escribir á la Trapa: «Sabéis que las acciones muertas no pueden agradar al Dios de la vida. Guardad silencio tanto con vosotros mismos como con los demás; que vuestra soledad exista tanto en el espíritu y en el corazon como en el retiro exterior de vuestras personas; que vuestros cuerpos salgan de sus camas como de sus sepulturas; mientras os estoy describiendo, se desliza el tiempo.»

Los recuerdos de Horacio no cesaban de vivir en la opulenta memoria de Rancé:

*Dum loquimur, fugerit invida aetas.*

Rancé restableció la paz en su monasterio separando algunos jefes: luego asistió al capitulo general de su Orden, que se reunió en el año 1667, y en que debia recibirse un breve del papa de 1666, breve que Rancé habia conocido en Roma. Varios abades, con el del Cister á la cabeza, lo aceptaron; pero Rancé tomó la palabra diciendo, que aunque jóven, tenia derecho á opinar como antiguo doctor, y sostuvo, que el papa Alejandro VII no habia visto ni conocido aquel breve: ademas, pidió que constase su protesta que apoyaron otros cuatro abades. El del Cister, vista la entereza de Rancé; conociendo que tenia razon, y deseando la paz, lo nombró visitador de las provincias de Normandia, de Bretaña y de Anjou, comision que no aceptó Rancé; pero por último el capitulo lo

(1) Cimodocea. El abate de St. Ambrosio.